

Segunda mención

Historia de dos hermanos

Francisco Elisardo Colino González

INTRODUCCIÓN

Nacieron en Sayago a finales del siglo XIX, juntos soñaron con una vida mejor y juntos decidieron emprender la aventura americana pero las circunstancias los separaron muy pronto de forma definitiva. Esta es la breve historia de dos hermanos, mi abuelo, Elisardo, y su hermano, Constantino, construida a partir de los recuerdos y los relatos que escuché de la boca del primero desde que era un crío, hace ya muchos años, acompañados de fotos, cartas y recortes de prensa. Durante aquella etapa de su vida que compartimos, se produjeron una buena parte de las vivencias que aquí procuro, resumidamente, relatar. Fui testigo directo de la profunda añoranza por su hermano, del permanente dolor por una separación que ambos no pudieron evitar y que marcó sus vidas que siguieron derroteros muy distintos, en dos escenarios que cambiaron a veces dramáticamente con los avatares y conflictos que marcaron el turbulento siglo XX.

Contemplando los hechos desde la distancia se aprecian aspectos en los que nunca antes había reparado. Es que, algunas veces, como es el caso, el emigrante, alejado de su patria, consigue alcanzar una vida relativamente plácida, como le ocurrió a Constantino a quien sólo le atenazó el dolor de la lejanía de aquella España donde únicamente vivió dieciséis de sus noventa y un años de vida y, sobre todo, “perder” a su hermano a quien le unía un fraternal y profundo cariño. Por el contrario, el retornado, Elisardo, emigrante continuo en su propia tierra vivió toda una odisea en la que ocupa un lugar destacado la Guerra Civil y sus dolorosas consecuencias. Sin embargo, su breve estancia en Argentina, solo siete años de los ochenta y cinco que vivió, le abrió los ojos a otras realidades y le proporcionó una rica visión del mundo que le marcó definitivamente. De igual forma, fue constante la evocación de su querido hermano y murió con el hondo pesar de no haber podido reunirse con él aunque hubiese sido una sola vez.

Y es que, aunque las vidas de ambos hermanos corrieron paralelas en las dos orillas del Atlántico, la de Elisardo, contrariamente a la de Constantino,



Constantino (izquierda) y Elisardo (derecha) en Quemú-Quemú (Argentina) en 1916.

asentado desde un principio y definitivamente en Quemú-Quemú, en La Pampa, donde formó una extensa familia, se caracterizó por un continuo peregrinaje por buena parte del norte peninsular, en una España secularmente atrasada, assolada por una feroz guerra civil y sometida a una dura y prolongada postguerra. En ocasiones, es más amarga la experiencia de la emigración en tu propia patria que la de quienes optaron por marchar lejos, muy lejos, a abrirse camino y a enriquecer con su trabajo países que no eran el propio.

Finaliza este año 2011 con un mes de diciembre extrañamente templado y castigado por esa tremenda crisis que ha acabado de un

plumazo con el espejismo de España como tierra de inmigración. De repente hemos regresado a la cruda realidad que siempre nos caracterizó, con cinco millones de parados y un creciente porcentaje de españoles viéndose obligados a buscar de nuevo en el extranjero unas perspectivas de futuro que su tierra les niega. En este mes también se cumplen cien años del primer y arriesgado viaje que llevó a tierras americanas a Elisardo González Corral, sayagués, maestro de recordada labor, poblador frustrado de tierras argentinas y abuelo materno del que suscribe. También treinta años de su fallecimiento en Zamora, su último destino vital. La historia de su vida se resume en etapas, más o menos prolongadas, de un éxodo constante, de una dura lucha personal contra un permanente desarraigo, una continua emigración, primero hacia tierras australes y más tarde por España, hasta el mismo final de sus días.

Elisardo y su hermano Constantino se vieron obligados a emprender muy jóvenes su viaje hacia América, en 1911, forzados por esas crueles circunstancias que de forma endémica castigan a los que vienen al mundo en este país, incapaz de dar acomodo a sus hijos, con una vida digna y un futuro de esperanza. Y tras una azarosa vida Elisardo sólo alcanza el sosiego

definitivo en 1981, cuando falleció en Zamora, mientras España reiniciaba el camino de la normalidad democrática tras cuarenta años de interrupción.

Su historia se inició como la de tantos jóvenes sayagueses que intentaron labrarse su futuro muy lejos de su patria chica y de sus seres queridos. Un incierto camino que emprendieron otros muchos compatriotas y entre ellos, además de su hermano, otros familiares y nutridos grupos de convecinos.

Eran tiempos difíciles aquellos de finales del siglo XIX en cuyas postrimerías se hundían los sueños imperiales de un país que perdía, en una desigual contienda con Estados Unidos, sus últimas colonias ultramarinas. Entonces los españoles regresaban a su patria vencidos y humillados tras un largo viaje de más de cuatrocientos años. En aquel difícil momento vinieron al mundo en Escuadro de Sayago¹, un lugar perdido de la geografía española, Constantino y Elisardo.

Sayago, una pétrea comarca zamorana encajonada entre ríos, Tormes al Sur y Duero a Oeste y Norte, que discurren por el fondo de profundas gargantas impidiendo a sus pobladores beneficiarse de sus abundantes aguas. Tierra de gentes nobles y curtidas por el duro trabajo de sol a sol a que les obligaba la pobreza de los suelos, los atrasados sistemas de cultivo y las estructuras sociales ancladas en las ideas del Antiguo Régimen. Una tierra que, en los albores del siglo XX, vio acentuarse una sangría humana que durante el pasado siglo no ha hecho más que continuar vaciando inexorablemente sus campos y pueblos.

Estaban todavía recuperándose por aquel entonces los veteranos de las guerras ultramarinas de Cuba y Filipinas que contaban horrores y penurias sufridas en tierras remotas, cuando las levas se llevaban de nuevo a los jóvenes a morir, esta vez, en las tierras del norte de África. No iban todos, desde luego -y eso encendía los ánimos de muchos españoles- porque los padres pudientes evitaban ese viaje a la muerte pagándole a un infeliz cualquiera para que ocupase el puesto de sus hijos, bien abrigados bajo el poder del dinero. Barcelona estalla en 1909, se revuelve ante el triste espectáculo de los reclutas embarcando; la «Semana Trágica», la represión, la noticia que corre como un reguero de pólvora y un buen número de jóvenes de media España que toman la decisión de librarse de aquel infortunado destino, aun a costa de enfrentarse a la dureza de la emigración cuando no habían dejado casi de ser niños.

Así, muchos españoles cruzarán el mar para intentar hacerse un hueco en Cuba, Panamá, Venezuela, Brasil o Argentina, países donde muchos se vieron abocados a sufrir todo tipo de penalidades, enfrentándose incluso a

¹ Provincia de Zamora (N.E.).



Petra, madre de Constantino y Elisardo, con los hijos de éste último, Teresa Araceli y Elisardo (hacia 1930).

los prejuicios de algunos próceres locales que preferían “mejorar” la población de sus jóvenes naciones, ocupando las tierras despobladas con gentes de sangre aria del norte de Europa. Renegaban de los europeos meridionales, especialmente de los españoles, a los que situaban en el último lugar de sus preferencias, aunque al final se vieron obligados a aceptarlos y ellos, agradecidos, respondieron aportando lo mejor de sí mismos para colaborar en el progreso de aquellas sus nuevas patrias de adopción.

Elisardo nació en Escuadro, siendo el más pequeño de los hijos del matrimonio de humildes agricultores formado por Gerardo González Pelayo, nacido en Alfaraz de Sayago en 1855 y Petra Corral

Guarido, natural de Escuadro y unos años más joven. Le precedieron en el nacimiento, Constantino, 1894 y Doroteo, nacido en 1890, fruto de un matrimonio anterior de su padre. La familia contaba con una pequeña hacienda suficiente para mantenerlos a todos con cierta dignidad pero con lógicas estrecheces y escasas posibilidades de mejora.

Sayago y el alegre sol de la infancia levantando con el siglo que comienza brillos dorados y rojizos en los cabellos rubios de Elisardo a quien llamaban por ello cariñosamente “el rojo”; el juego de pelota, los tiempos despreocupados de la infancia. Ambos hermanos, menudos y despiertos, crecieron estrechamente unidos y eran inseparables, en esos primeros tiempos en la aurora del nuevo siglo. En su aldea natal compartieron juegos, el patico, la bigarda, entre otros..., trabajos y sueños mientras ayudaban en casa, correteaban por los Campitos, subían al alto del Terruelo, se acercaban a buscar agua a la Fuente de Navalfaraz o a coger ranas en la charca de Pradoviejo.

Eran escasas las treguas que el duro trabajo del campo dejaba a mayores y pequeños, aunque algunas festividades como la del Teso de Santa Bárbara, con su alegría y animación, permanecieron ancladas en la memoria de ambos, recordándola con nostalgia especialmente en sus misivas de los años setenta.

Llegado el momento y casi al mismo tiempo, Constantino y Elisardo iniciaron su breve paso por la escuela de niños del pueblo. Ocupaba ésta un



Aspecto actual del ventanuco de la antigua escuela de Escudro, coronado por una estela romana reaprovechada en el momento de la construcción del edificio.



Elisardo junto al frontón o trinquete de Escudro (1976).

espacio reducido y oscuro en un modesto edificio próximo a la iglesia parroquial. El aula donde se agolpaban pequeños de todas las edades recibía la escasa luz natural a través de un ventanuco cuyo dintel presentaba unos curiosos símbolos circulares y unas letras que con su aire misterioso y antiguo produjeron desde el principio una extraña fascinación en el pequeño Elisardo².

El maestro de primeras letras se esforzaba en enseñar a sus alumnos los rudimentos de la cultura y, a pesar de las penurias y la escasez de medios, consiguió desde aquel pueblo pequeño, perdido en la geografía sayaguesa, que algunos abriesen los ojos al mundo. Elisardo aprendió muy rápido a escribir y a leer y su interés por la lectura le hacía devorar ávidamente cuanto libro revista o almanaque caía en sus manos. Compartía con su hermano Constantino la afición por el juego de pelota a mano, contemplando los animados partidos que, en los escasos momentos en que las agotadoras labores del campo lo permitían, solían disputar los mozos –y no tan mozos– en el trinquete de Escudro. Los

² Se trata de dos estelas funerarias romanas superpuestas que actuaban como dintel. Son estelas de cabecera doble con seis radios dextrorsos, de cartelas rebajadas y sin pie. Del texto de la primera solamente se lee (traducido) “De 60 años”; del texto de la segunda se lee “A Casiena, hija de Reburro, de 40 años”. Véase: BRAGADO TORANZO, José M^a: *Fuentes literarias epigráficas de la provincia de Zamora y su relación con las vías romanas de la cuenca del Duero*, León, 1991, inscripción nº 85. (N.E.)

niños imitaban a los mayores, jugando cuando podían con unas rústicas pelotas fabricadas con cuero, lana y un núcleo de material elástico conseguido, Dios sabe dónde. El interés por la lectura y el recuerdo de aquellos partidos de pelota de la infancia compartiendo equipo con su hermano Constantino, le acompañaría hasta el fin de sus días. Elisardo conservaría la afición al juego de pelota mano durante toda su vida, afición que llegó a deformar su brazo y la mano izquierda con la que jugaba habitualmente, por el uso de aquellas pelotas artesanas duras como piedras.

Pero el tiempo pasaba, la vida iba imponiendo sus duras exigencias en cada jornada y los hermanos a medida que iban creciendo iban tomando conciencia de la situación. Valientes y decididos, querían algo más que lo que les deparaba el futuro en su humilde tierra. América para ellos tenía dos caras, la amable de quienes habían ido en busca de fortuna y habían regresado enriquecidos (los indianos) y la trágica tanto de quienes habían fracasado en su empresa como de quienes se habían visto obligados a cruzar el mar contra su voluntad y a luchar en las recientes y no tan recientes guerras ultramarinas. Los pequeños escuchaban con admiración y temor las historias de valor y penurias de quienes habían conseguido regresar vivos o sin demasiados daños de las guerras de Cuba o Filipinas, y las que se contaban de la más reciente guerra de Marruecos.

Allí, en tierras africanas España se estaba emponzoñando por defender un decadente sueño imperial a costa de la sangre abundante y generosa de los de siempre. En el reciente desastre del Barranco del Lobo se produjo una carnicería cuya noticia se extendió por toda España como un reguero de pólvora³.

En el Barranco del Lobo hay una fuente que mana sangre de los españoles que murieron por la patria.

¡Pobrecitas madres, cuánto llorarán, al ver que sus hijos a la guerra van!

Ni me lavo ni me peino ni me pongo la mantilla, hasta que venga mi novio de la guerra de Melilla.

Melilla ya no es Melilla, Melilla es un matadero donde se matan los hombres como si fueran corderos.

³ Se conoce como Desastre del Barranco del Lobo la acción militar acaecida en ese lugar, próximo a Melilla, el 27 de julio de 1909 en la que las tropas españolas fueron derrotadas por los rifeños. El suceso terminó con más de un centenar de muertos y casi seiscientos heridos.

En medio de aquel ambiente inquietante, como contrapunto, se abrían paso las peticiones de trabajadores, especialmente varones jóvenes y sanos, que hacían los gobiernos de numerosos países americanos. Animaban a la partida las historias de los indianos y los testimonios de quienes tentados por anteriores ofertas ya habían cruzado el mar y en sus cartas relataban sus experiencias ultramarinas, haciéndolas especialmente atractivas, al exagerar sus logros y obviar sus indudables penurias.

Por ello, muy pronto en las mentes de los dos hermanos casi adolescentes comenzó a abrirse paso la idea de marchar a aquellas tierras de promisión. Todo les animaba a ello, la situación familiar, las escasas perspectivas de progreso en su propia tierra, las ansias aventureras de la juventud y, por supuesto, también la idea de evitar su inevitable incorporación al ejército con los elevados riesgos que ello les suponía, dado que su familia no tenía recursos, llegado el momento, para librarlos del servicio. El pueblo español reflejaba estas preocupaciones en coplas y canciones que circulaban de boca en boca, a falta de otros medios, como expresa con rotundidad verbal una copla extremeña de la época:

*Si te toca te jodes
que te tienes que ir
que tu madre no tiene
para librarte a ti.*

Así que, tras pensarlo todo lo profundamente que les era posible por su edad, decidieron emprender el viaje escogiendo Argentina como destino entre todos los posibles. En su elección influyó decisivamente que no iban a ir solos, puesto que también familiares próximos de parecida edad como sus primos Francisco, Daniel y Alfonso Guarido y Manuel, Leonardo, Laura y Antonio Corral también iban a emprender o habían emprendido recientemente viaje hacia aquellas tierras. Influyeron también el idioma, el clima y el apoyo que ofrecían las autoridades del país austral a los emigrantes, empeñadas como estaban desde las últimas décadas del siglo XIX en “ganar espacio al desierto”, como ellos llamaban a las extensas y vacías praderas pampeanas.

La familia consideró que la decisión de los hijos pequeños aliviaría la situación al disminuir las bocas que alimentar, mientras que Doroteo, el primogénito, se haría cargo de la escasa hacienda y de atender a los padres, que ya iban siendo mayores. Constantino y Elisardo, por su parte, abrigaban una firme convicción de que juntos podrían labrarse un futuro mejor que el que les esperaba en España, apoyándose mutuamente en los momentos difíciles, y si la suerte les sonreía, volverían a su querida tierra con el fruto de sus esfuerzos.

En lo más profundo de su ser latía el orgullo de Gerardo, el padre, ante el coraje de sus hijos pequeños dispuestos a emprender una arriesgada aventura siendo casi niños. Petra, la madre, ahogaba sus lágrimas ante la indudable pérdida de sus dos hijos. Además, a ella, que no había rebasado los límites de los pueblos cercanos, Alfaraz, Viñuela o Almeida, le asaltaban todos los temores y se le antojaba inmenso el peligro que iban a correr Constantino y Elisardo, atravesando algo que ella no había visto nunca y que era incapaz de imaginar: el mar, algo terrorífico para quien habiendo nacido tierra adentro no había visto jamás otras masas de agua que las someras lagunas donde abrevaba el ganado en los campos de Escuadro.

Así, muy temprano, en una mañana de mediados de 1911, antes de que las primeras luces del amanecer apareciesen por el horizonte y cargados con lo imprescindible, con la frescura del amanecer, por aquel camino de tierra seco y polvoriento, salieron ambos hermanos de Escuadro. Les acompañaban sus primos y otros paisanos que marchaban como ellos, caminando hasta la capital situada a poco más de treinta kilómetros. Poco a poco se formó un pequeño grupo que se iba incrementado al pasar por otros pueblos de la comarca. Las pegas y las cogujadas levantaban el vuelo al paso de la comitiva, cantaba el cuco en el encinar y las cigüeñas pasaban volando en busca de alguna laguna donde buscar comida. En los campos los pastores y los labradores que emprendían sus trabajos diarios los saludaban y abrazaban dándoles ánimos y recuerdos para sus conocidos y familiares que ya habían hecho aquel mismo viaje. Con el sol alto, contemplaron la silueta de Zamora y el Duero, primera parada antes de continuar hacia el puerto gallego desde donde embarcarían.

Cuando días más tarde los hermanos llegaron a Vigo tras un fatigoso viaje por caminos difíciles a través de las montañas de Sanabria y de Galicia que les pareció interminable, Constantino contaba diecisiete años y Elisardo quince. A ambos jóvenes, de pequeña estatura pero gran determinación, les animaba el convencimiento de que iban a conseguir alcanzar juntos sus sueños en aquellas lejanas tierras.

Una vez en Argentina, todos se trasladaron a las amplias llanuras de La Pampa, donde acabaron por asentarse, desplegar laboriosamente sus actividades y formar familias con parejas españolas, la mayoría procedente de Sayago, cuando no de los mismos pueblos que les habían visto nacer. Solo alguno regresó pronto a España con su familia, como Francisco Guarido, casado en Argentina, aparece en 1932 radicado en Gandía (Valencia). Algunos otros familiares, como Baltasar Corral y su familia, por razones desconocidas, decidieron probar fortuna en tierras brasileñas. Sin embargo, allí, entre la dureza de las condiciones que finalmente encontraron y la ruptura temprana de la relación epistolar, se pierden pronto y definitivamente su rastro y su recuerdo.



Constantino (primero por la izquierda) con sus primos Laura, Antonio y Manuel Corral, éste último, sentado. Quemú-Quemú (1929).



Constantino y Elisardo (primero y segundo por la derecha) con sus primos Guarido y una persona desconocida (tercero por la derecha) Quemú-Quemú (1929).

Pero, retomando de nuevo el relato del viaje, he aquí que llegado el día de su partida, controlando el nerviosismo y la incertidumbre que indudablemente les embargaba, ambos hermanos embarcaron, tal vez en el “Frisia”, vapor con base en Amsterdam, según los recuerdos de otro emigrante, natural de Almeida de Sayago, José Gómez, de 18 años, con cuyos recuerdos un descendiente elaboró un relato donde cuenta que trabó amistad con un paisano pequeño, alegre y conversador, de nombre Constantino, con el que compartiría viaje y destino. En aquel barco, uno de los que hacían la línea regular entre Europa y América y que en aquellos tiempos iban especialmente abarrotados de emigrantes, podían aglomerarse en tercera clase, la habitual de los emigrantes, un total de mil seiscientas personas. Venían de todas partes del noroeste español, de León, de Zamora, de Salamanca; pero sobre todo, de la misma Galicia, la mayoría, de la provincia de Pontevedra. Aquellas gentes se hacinaban en las bodegas, los entrepuentes, repartidos en literas distribuidas de cualquier manera, aunque “debidamente” segregados, los hombres por un lado y las mujeres por otro.

En su vejez, los recuerdos de aquel primer gran viaje afloraban frecuentemente a la memoria de Elisardo. Con la mirada perdida evocaba las sensaciones contrapuestas que les abordaban al alejarse el barco de tierra firme mientras se perdía en la inmensidad del mar, un mar que se mostró, en principio, sereno y apacible, engañosamente. Varias jornadas después de partir, en aquella larga travesía que se prolongaba más de veinte días, se desató



Francisco Guarido y su esposa, Elvira. Argentina (1926).



Manuel Corral y su esposa Cristeta. Quemú-Quemú, Argentina (1921).

una repentina galerna, entonces el Océano mostró su lado más iracundo, con enormes olas de veinte metros que agitaban violentamente el barco amenazando con romperlo y llegó para todos el tiempo del miedo, de los gritos y de los rezos. Aquel variopinto pasaje de gentes, la mayoría campesinos y de tierra adentro, que como ambos hermanos no sabían nadar, rezaban y blasfemaban con todos los acentos del noroeste español, mientras la nave era zarandeada furiosamente por el oleaje. Luego, tras un tiempo que se les hizo interminable, tal y como había venido, se deshizo y regresó de nuevo la calma. Entonces, el atribulado pasaje respiró finalmente aliviado aunque quedó inmerso en un largo silencio que dejaba paso lentamente a la serenidad y con ella a la esperanza. A pesar de las tempestades y las estrecheces, la travesía llegó a buen fin y el barco, tras una breve escala en Brasil, alcanzó las costas argentinas enfilando el Río de la Plata hasta que finalmente echó amarras en el puerto de Buenos Aires. Finalizaba con éxito la primera etapa del periplo y la incertidumbre y el desasosiego les encogía a todos el ánimo ante el inminente comienzo de la que allí se iniciaba.

Tras una breve estancia en la capital, tal vez en el hotel de emigrantes recién inaugurado por el gobierno argentino y tras el efímero paso por otros lugares a donde los llevaban sus contactos, los dos hermanos González recalaron en una población pampeana recién fundada, Quemú Quemú, surgida por entonces en

medio de la nada. En aquel lugar perdido convivieron con emigrantes de todos los orígenes, italianos, alemanes, polacos, y, por supuesto, muchos españoles. Allí trabajaron en distintos oficios aprovechando tanto o más que su somera formación, su capacidad de trabajo y su aptitud para el aprendizaje.

Elisardo no tardó en encontrar empleo como aprendiz en un almacén donde no tardó en demostrar su habilidad con el cálculo y las matemáticas en general e hizo gala de una exquisita caligrafía. Por ello, cuando los dueños del negocio se apercibieron de sus cualidades, le propusieron encargarse de la contabilidad, actividad mejor remunerada que él aceptó con lógico entusiasmo. Constantino, por su parte, se inclinó más por actividades artesanales, aprendiendo a cortar el cabello, lo que hacía con gusto y especial maestría. Eso le permitió desarrollar su labor en la vecina ciudad de San Luis donde ganó justa fama y el reconocimiento de algunas de las personalidades del lugar. Más tarde, regresó a Quemú Quemú donde abrió su propio negocio de peluquería, en la que trabajaría hasta su tardía jubilación.

Ambos hermanos, apoyándose mutuamente y en sus familiares y amigos, iban asentándose de forma lenta pero segura en su aún incipiente andadura americana. Los éxitos profesionales en aquella tierra en ebullición les permitieron, con gran satisfacción, enviar a su familia pequeños giros con los frutos de sus primeros esfuerzos, con los cuales iban, sobre todo, devolviendo los gastos de sus pasajes.

Pero entonces sobrevino algo inesperado que iba a modificar radicalmente la trayectoria de sus vidas. Finalizaba la Primera Gran Guerra y Europa se vio asolada por todo tipo de plagas. España no se libró produciéndose una gran mortandad como consecuencia de una virulenta epidemia de gripe que asoló el continente y que pasó a la historia con el sarcástico nombre de “gripe española”.

Y fue por entonces, a finales de 1918, cuando ambos hermanos recibieron con profunda consternación la noticia de que su hermano mayor Doroteo había muerto aquejado por aquella terrible dolencia, dejando en una situación más que precaria a su familia y desamparados a sus padres.

Ambos hermanos, profundamente afectados, se reunieron y decidieron con profundo dolor que



Baltasar Corral, hijo de María Corral, hermana de Petra, la madre de Constantino y Elisardo, con su esposo e hijos fotografiados en algún lugar de Brasil (1918).



[010] Aspecto de la Plaza de la Iglesia de Quemú-Quemú en los años cincuenta.



[011] Tarjeta postal de uno de los vapores que hacían el trayecto Vigo Buenos Aires.

uno de ellos debería regresar para ayudar a los padres ya mayores, acordando que regresase a España el menor de los dos, Elisardo, que trabajaba por cuenta ajena. Este preparó su sencillo equipaje de forma inmediata y acompañado de su hermano y alguno de sus primos se dirigió al puerto de Buenos Aires para regresar a España. Allí se encontraron con el ambiente que recordaban cuando llegaron a tierras argentinas, aunque era mucho menor el número de pasajeros que regresaban a España. Llegado el momento, ambos hermanos se fundieron en un largo abrazo y Elisardo subió al barco con los ojos inundados de lágrimas al despedirse de su hermano, a quien se encontraba tan fuertemente unido. Mientras el barco se alejaba de la orilla, Elisardo trataba de despedir con el semblante alegre a Constantino controlando la emoción del momento y la dureza de esta nueva separación. Emprendía el viaje con el corazón dividido, entre el hermano al que dejaba en aquella tierra, los proyectos truncados y la obligación moral e ineludible con los padres que necesitaban su ayuda en España.

Y otra vez la gran frontera, el inmenso mar, el retorno, en el contexto de un viaje especialmente peligroso porque a las dificultades propias de la travesía se unían los riesgos debidos a las minas incontroladas sembradas por los contendientes de la Primera Guerra Mundial recién finalizada.

Afortunadamente, no se produjo ningún percance y Elisardo, tras desembarcar en el puerto vigués, emprendió el camino que había recorrido unos años antes, pero en sentido inverso. Quien retornaba era ya todo un hombre al que su periplo americano había transformado. No regresaba a su tierra de vacío puesto que su aprendizaje en aquel mundo tan diferente le iba a permitir encarar el futuro con otros ojos y nuevas perspectivas. Económicamente llegaba también con algunos ahorros en el bolsillo para facilitar la complicada situación que se le presentaba. Su principal preocupación, sin embargo, era la obligatoria e inmediata incorporación al ejército para cumplir el servicio militar en una España sacudida, en aquella época, por todo tipo de conflictos.

Felizmente y tal vez por la situación familiar, con sus padres mayores, fue destinado en Zamora al Regimiento “Toledo” n° 35, que entonces radicaba en

un desaparecido edificio donde posteriormente, en los años 50, se construyó el Colegio “Corazón de María”, en la hoy llamada, por ello, Plaza del Cuartel Viejo.

Los soldados, por aquel entonces, salían de la ciudad cruzando la muralla por la Puerta de Santa Ana con el fin de llevar a cabo la instrucción en la amplia explanada que se abría enfrente, cerca de la Plaza de Toros, explanada conocida como en honor al dios romano de la guerra como “Campo de Marte” por las actividades militares. Su nombre perdura en una calle surgida posteriormente con el crecimiento del casco urbano de la ciudad hacia esta parte.

Durante estos años de servicio militar en Zamora, en los comienzos de la segunda década del siglo XX, Elisardo aprovechó para planear su futuro. Su carácter reflexivo y su interés por la cultura le fueron empujando hacia el mundo educativo, con la profunda convicción de que la educación era la herramienta más eficaz para el progreso de los pueblos. Por entonces se potenciaban las mejoras educativas en aras de una cierta pujanza económica surgida de los réditos obtenidos por España con el comercio con los contendientes europeos desde su postura de neutralidad. Por ello, aprovechando las perspectivas que se le estaban ofreciendo, Elisardo decidió que iba estudiar para ser maestro al finalizar sus compromisos con el ejército.

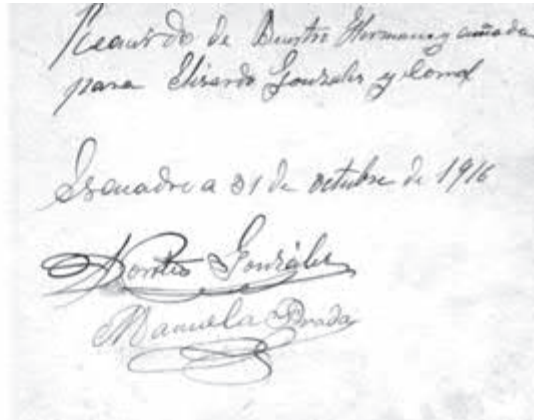
Por entonces entabló relación con una joven también sayaguesa, de Argusino de Sayago, Teresa Crespo Benéitez, un año mayor que él. Mujer de fuertes convicciones y pensamiento moderno y avanzado, se encontraba también iniciando sus estudios de maestra. Eran personalidades diferentes pero complementarias, puesto que Elisardo estaba dotado de un agudo pensamiento matemático y analítico y Teresa era, en contraste, creadora e imaginativa.

Ambos jóvenes estudiaron en distintas escuelas normales puesto que, en aquellos tiempos, no sólo la educación primaria estaba diferenciada por sexos sino también la de los mismos educadores. La Escuela Normal de maestros estaba situada en la actual Plaza de Claudio Moyano, en un edificio derruido a mediados del siglo XX. La vida de Elisardo transcurrió en aquel entorno ya que residió muy cerca, en una desaparecida pensión de la Calle Alfonso XII, bajo el patio del edificio que acogió hasta 2005 los talleres de la Diputación y el Centro de Adultos de Zamora.

La formación intelectual de aquellos futuros educadores era muy diferente en altura y perspectivas a la de los maestros de primeras letras de la época anterior. Por entonces se estaban imponiendo unas nuevas ideas pedagógicas basadas en la formación integral de los alumnos, el razonamiento y el pensamiento crítico, frente a la educación trasnochada heredada de la Restauración, con una enseñanza memorística y atrasada, métodos anticuados y sometidos a un severo control por la Iglesia Católica. Eran aquellas unas nuevas ideas aceptadas con



De izquierda a derecha: Constantino y Elisardo González Corral y sus tres primos Alfonso, Francisco y Daniel Guarido. Quemú-Quemú, 1917.



Fotografía de Doroteo, hermano de Constantino y Elisardo, acompañado de su esposa e hija (Etelvina), Escuadro (1916).

entusiasmo por los futuros maestros que consideraban que su aplicación activa sería un método eficaz para el desarrollo y regeneración de España.

Ambos jóvenes decidieron pronto casarse y lo hicieron mientras finalizaban sus estudios, pese a cierta oposición inicial por parte de la familia de Teresa. Por esa razón, el primer hijo de la pareja, Elisardo, nació en Maliaño (Santander) en 1923, donde residían unos primos de ella. Teresa Araceli, madre del que suscribe, nació ya en Argusino en 1924, el mismo año en que Teresa terminó finalmente sus estudios de magisterio.



Elisardo durante su etapa militar en Zamora. 1920.

Teresa y Elisardo compartían además la lacra de la emigración en sus familias, puesto que ambos tenían hermanos lejos, en América. El dolor de la pérdida los unía también, la muerte de Doroteo en España, en el caso de Elisardo y más tarde, en 1923, la de Leonardo, hermano de Teresa en tierras argentinas. Fue su viuda, Lucía Vaquero, quien comunicó a su familia, en una desgarradora carta, el triste acontecimiento. En ella expresa amargamente su dolor y desesperación ante la difícil situación en que la dejaba el fallecimiento de su esposo.

Mientras esto sucedía en España, Constantino continuaba sosegadamente con su vida en La Pampa argentina. Gran trabajador y buen conversador, había tenido gran éxito con su peluquería de Quemú Quemú donde cortaba el cabello a gentes de todas las edades, incluso a las damas. A su negocio acudieron los miembros de muchas familias al completo, durante décadas. Por ello era muy numerosa la clientela que se reunía en el local de “Gonzalito”, nombre con el que era conocido cariñosamente en Quemú-Quemú, debido a su baja estatura.

Su peluquería era un auténtico mentidero donde corrían las historias y las anécdotas, se escuchaba la radio y se comentaban las pequeñas o grandes noticias que llegaban desde todos los puntos de Argentina o desde España.

Trabajaba sin horario, prolongando su actividad hasta altas horas de la noche. Y los domingos se acercaba hasta algunas de las estancias próximas a Quemú Quemú como Nueva Castilla, San Alberto o La Barrancosa para atender a los pobladores que necesitaban sus servicios.

No descuidaba el contacto con su familia en España y así, en sus frecuentes misivas, Constantino solicitaba información a su hermano sobre todo lo que sucedía a este lado del Atlántico mientras él procuraba relatar con todo detalle el cotidiano devenir de familiares y amigos en aquellas tierras.

En 1929 Elisardo recibió con profunda alegría la noticia del matrimonio de su hermano con una española llamada Pilar Espada y, posteriormente, recibió gradualmente



Elisardo y Teresa en los días de su boda (1922).



Boda de Constantino y Pilar. Quemú-Quemú (1929).

y con la misma satisfacción noticias del nacimiento de los seis hijos de la pareja, tres varones y tres mujeres. Entre ellos algunos reproducían los nombres de los hijos del hermano español de Constantino: Florencio Elisardo o Isabel Araceli.

Unos años antes, en España, Elisardo había comenzado su particular peregrinaje interior por tierras del noroeste peninsular. Así en 1923, el 26 de diciembre, ocupó de forma interina su primera plaza de maestro en la aldea de Larna (Oviedo). Un año más tarde, en diciembre de 1924, llegó a su primer destino en tierras zamoranas, Pinilla de Toro, donde su paso sería especialmente recordado. En octubre de 1925, le correspondió la aldea de Sampil, en tierras sanabresas.

El siguiente destino, ya por oposición, lo llevó a Eiras de Páramo (Lugo), donde permaneció hasta 1929. En esta misma localidad lucense su esposa Teresa ocupó de forma interina una plaza de maestra que conservaría hasta 1931. En ese año la familia tuvo que separarse puesto que Elisardo regresó de nuevo a tierras zamoranas para ejercer su labor en Villalube en la Tierra del Pan, pueblo de entrañable recuerdo, donde acudieron a clase algunos de los que siempre recordaría como sus mejores alumnos.

En 1932 obtuvo destino en Argusino, con gran disgusto para los habitantes de Villalube quienes, enterados de su marcha, aparte de concederle en una sesión del Ayuntamiento convocada al efecto, una distinción muy valiosa llamada “voto de gracias”, como agradecimiento a su labor, le rogaron insistentemente que se quedase llegando a ofrecerle incluso una compensación económica costeada por todo el pueblo. Pero Elisardo ansiaba regresar a sus raíces, por lo que al conseguir destino en Argusino, pueblo de su esposa Teresa y donde había nacido su hija Araceli, con profundo pesar declinó la oferta.

En Argusino permaneció hasta que en España se inició la última contienda civil, que en el territorio llamado nacional se cebó en maestros y profesores, a los que responsabilizaban ideológicamente, con sus ideas de modernidad y progreso, de todos los males de España. En ese contexto, abonado de odios y envidias, las nuevas autoridades promovieron una tremenda purga en los cuadros profesionales del magisterio. Elisardo se vio separado del cuerpo en marzo de 1937 por las malas artes del entonces secretario del Ayuntamiento de Argusino, que destilaba un profundo odio hacia el maestro y la labor que desempeñaba con los niños en aquel pueblo lleno de analfabetos incultos

hasta que Elisardo llegó con sus nuevas ideas y su espíritu de trabajo y comenzaron a salir de él profesores, abogados, industriales, médicos, etc.

En aquellos momentos duros, las autoridades del nuevo régimen sospechaban por sistema de quienes enseñaban a pensar a los jóvenes y les convertían en sujetos eficaces y cultos y críticos. Sólo hay que recordar la conocida arenga de Millán Astray en la Universidad de

Salamanca, aquel “Muera la inteligencia, Viva la muerte”, que provocó la serena y contundente respuesta del rector, D. Miguel de Unamuno, resumida en la frase final: “Venceréis, pero no convenceréis”⁴.

Las denuncias ante las nuevas autoridades por cualquier motivo suponían para los acusados un marcado riesgo que, en aquellos tiempos de guerra y venganzas ruines, suponía la marginación, la cárcel y muchas veces, incluso, la muerte. No fueron pocos los compañeros de estudios de Elisardo que perdieron la vida en aquella vorágine de salvaje represión.

Por su parte Teresa, que había permanecido en As Eiras hasta 1931 y dejado su trabajo para atender a sus hijos pequeños al obtener Elisardo la plaza de Argusino se vio obligada a reingresar de nuevo en 1937, ante la difícil situación provocada por la suspensión de su marido y las necesidades de la familia, necesidades que incluso obligaron a sus hijos, que el año anterior habían realizado con éxito su examen de ingreso en el Instituto de Zamora, a abandonar los estudios de bachillerato. Como consecuencia, en ese año, 1937, Teresa fue nombrada maestra interina en el pueblo de Fresno de Sayago.

Desde la distancia Constantino estaba profundamente preocupado por la situación de su hermano y su familia dada la dureza de la situación bélica que asolaba España y recibía con enorme angustia las terribles noticias que llegaban hasta Argentina sobre la cruel represión aplicada en retaguardia. La lógica carencia de noticias directas de su hermano le provocaba un profundo desasosiego. Durante aquel desdichado período la inmediata postguerra, se interrumpieron o sufrieron un fuerte parón las comunicaciones transoceánicas.



Constantino en su peluquería atendiendo a su primo Leonardo Corral (1961).

⁴ Hechos acaecidos en la Universidad de Salamanca el 12 de octubre de 1936. (N. E.).



Elisardo con sus alumnos de la Escuela de Niños de Argusino. A su derecha, su hijo, de igual nombre (1932).



Elisardo y Teresa en la escuela de niños de Argusino (1961).

Y en estos momentos finales de la guerra, con su marido esquivando como podía los tribunales de Depuración de Maestros, Teresa se vio obligada a desempeñar su segundo destino en Gamedo, una pequeña aldea en tierras sanabresas, donde ejerció desde 1938 hasta finales de 1939, justo en los inicios de la dura postguerra. Fue este un período caracterizado por todo tipo de estrecheces

y racionamiento, con el continente europeo inmerso de nuevo en un terrible conflicto. El hambre asolaba España aunque era menos dura en los pueblos donde se podía encontrar algo en paneras, huertas y corrales.

Cuando Elisardo consiguió ser reincorporado al servicio activo sufrió el castigo de perder su destino y verse obligado a ejercer en el destierro. Así debió emprender un viaje forzado hacia otras lejanas tierras, las vascas,

como maestro en Navárniz cerca de Guernica. Era éste un pueblo de habla vasca, con una población que lo recibió con cierto agrado puesto que era de todos conocido que se trataba de un represaliado del régimen franquista. Allí permaneció hasta 1946, año en que pudo, por fin, recuperar su anterior destino, en Argusino.

El que suscribe pudo comprobar personalmente la profunda huella que dejó Elisardo en aquellas gentes del norte cuando a mediados de los años setenta del siglo pasado visitó dicha aldea. Allí, casualmente, trabó conversación con una anciana que resultó ser la viuda del que en aquella lejana época fue el mejor amigo del abuelo. Sus hijos habían asistido a sus clases y la formación que recibieron les permitió tener éxito en su vida profesional. Seguidamente se produjo un incesante desfile de personas que querían conocer al nieto de su

maestro, el de sus padres o el de sus hijos, dando todo tipo de emocionados recuerdos para él, que aún vivía.

Este rosario de destinos que obligó a Elisardo a recorrer media España fue descrito brevemente por su hijo en una elegía donde puede leerse:

*Aldeas de terrón cenicientas calladas
Asturias y León, Galicia, Vascongadas
Norte en el libro de lo inolvidable escrito.
Pueblos casi invisibles en el mapa de España:
Larna, Pinilla, Eiras y Sampil y Villalube,
Argusino, allí donde la llanura sube,
Allí Navárniz, donde baja la montaña.*

En la década de los cincuenta Elisardo prosiguió su labor en Argusino. Desde la implantación del correo aéreo por entonces se hizo más fluido el tránsito de noticias en ambas direcciones y se conocía más ágilmente cómo iban cambiando las familias, creciendo o reduciéndose al fallecer algunos de sus miembros.

Es interesante resaltar la dinámica de la familia argentina o de otros compatriotas que se establecieron en las tierras pampeanas, muy cerca unos de otros, en localidades como Quemú-Quemú, Santa Rosa, General Pico, Garré o Trenque Lauquen, donde compartieron su experiencia vital con inmigrantes de otras nacionalidades, italianos o alemanes, sobre todo. En una primera fase, los nuevos matrimonios tuvieron lugar entre españoles. Pero los hijos y nietos, ya argentinos, se emparejaron con los descendientes de las otras comunidades, también argentinos ya, como ellos. Eso pasó en la familia de Constantino, cuyos hijos se casaron, además de con descendientes de españoles, también con los de italianos o alemanes.

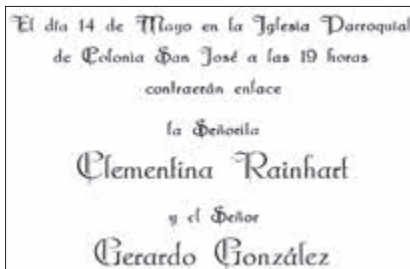
Las familias se relacionaban por entonces, sobre todo, por la creciente y continua relación epistolar a través de la cual se recibían también fotos, recordatorios, invitaciones de boda, etc. Y en esta época se inició otro importantísimo nexo de contacto entre las familias, mediante aquellas personas que de cuando en cuando viajaban hasta España portando entre su propio equipaje, algunos pequeños recuerdos u objetos de las familias argentinas para las familias españolas, que no era posible enviar mediante la correspondencia. Se trataba de los llamados “viajeros golondrina”, personas originarias de los más variados lugares de la propia provincia o de otras vecinas, que eran recibidas con los brazos abiertos puesto que eran enlaces directos y reales con los seres queridos que se encontraban al otro lado del mar. Muchas veces esos viajeros tenían que esforzarse por hacer auténticos periplos para poder atender todos los recados de que eran portadores y entregar, y recoger muchas veces,



Banquete de boda de Pilarín, hija de Constantino y Pilar. Quemú Quemú (1954). A la izquierda de la contrayente, su padre, Constantino y a la derecha, su madre, Pilar.



Fotografía tomada durante la celebración de las bodas de plata de Leonardo Corral (tercero por la derecha) y Ermelinda. En ella pueden verse varios familiares de Constantino: Isabel Corral (quinta por la derecha), Su hija Pilarín (sexta) y Serapio de San Sibero (segundo por la izquierda). Tres Lomas (1961).



Invitación de boda del hijo mayor de Constantino, Gerardo González, con la hija de un inmigrante alemán (1977).

sencillos obsequios y recuerdos para los allegados.

En las cartas que conservan se percibe continuamente la amargura por la separación y la dolorosa imposibilidad de no poder abrazar a los parientes, hablar con ellos, compartir sus alegrías o sus desgracias, recibir o despedir juntos a los que iban llegando o yéndose. Son emociones profundas las que subyacen en esos mensajes, deseos, constataciones amargas de la dureza de la separación y los repetidos esfuerzos por intentar animar al otro a viajar y poder finalmente encontrarse. Esto se evidencia en las cartas de esta época en que se inician y se reiteran las invitaciones mutuas a venir a España o volar hasta Argentina. Lo más triste es que Constantino y Elisardo siempre abrigaron la esperanza de volver a abrazarse personalmente, lo que no pudieron hacer.

Conocedor de la avidez lectora de su hermano, Constantino, que fue corresponsal del diario en aquella parte de La Pampa, le suscribió a la edición dominical del diario porteño "La Nación", cuya periódica llegada al corazón de Sayago, suponía una gran alegría para Elisardo. Este dominical se recibió más o menos puntualmente, desde los años cincuenta hasta el fallecimiento de Constantino en 1985. Así, en Argusino, se recibían las noticias del mundo con la calidad de un medio como el citado, no sujeto a la censura de la prensa española y donde se recogían noticias de Argentina, del mundo y de España, que, por supuesto, aquí se obviaban o se censuraban. Así entre los recuerdos de la



Tarjeta conmemorativa del bautizo de María Cecilia, nieta de Constantino e hija de Enrique y Alicia (de origen italiano). Quemú-Quemú (1977).

infancia del que suscribe, se encuentran las tiras cómicas de dicho diario, y entre los de la juventud, artículos como por ejemplo, los del incidente de Palomares en los años sesenta. Por entonces chocaron unos bombarderos norteamericanos sobre cielo español y cayeron al mar y a tierra varias bombas nucleares que, afortunadamente, no llegaron a explotar. Dicho diario permitió conocer en su momento esas y otras noticias que no hallarían eco en los medios españoles hasta la época de la transición.

La preocupación por conocer lo que pasaba en Argentina y, en general, lo que ocurría en el mundo motivó que la primera radio de Argusino fuese la del maestro, don Elisardo. Un receptor, marca “Power”, que aún se conserva y en funcionamiento. Con ella se captaban emisoras de todo el globo, incluso las procedentes del “Cono Sur”. Durante muchos años ese receptor fue el único del pueblo y a su lado se agolpaban curiosos

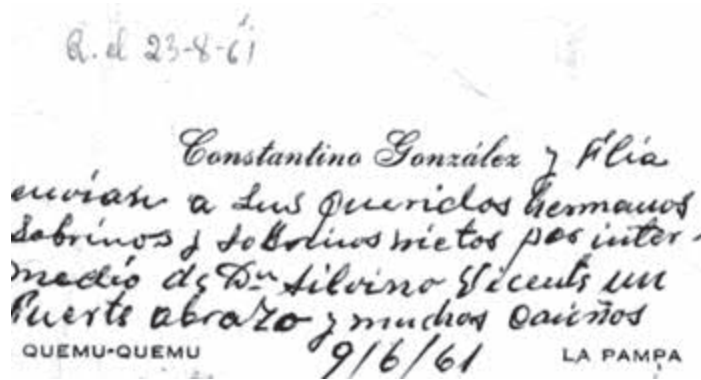
muchos de los vecinos para escuchar “el parte”⁵, las novelas o las canciones de moda. Al otro lado del mar también se escuchaban las noticias de España y se sentían las tragedias como propias. Así, por ejemplo, en 1959, Constantino transmite a su hermano su pesar y el de su familia por la tragedia del pueblo zamorano de Ribadelago⁶.

Por otra parte, las familias iban aumentando y en los primeros años sesenta la argentina había crecido notablemente, lo que se aprecia en las numerosas fotografías de aquella época recibidas donde pueden verse miembros de hasta tres generaciones.

Elisardo demostró sobradamente durante su ejercicio profesional, su preparación y su labor como eficaz pedagogo. El decía: *Los niños deben*

⁵ Nombre con el que se conocían los informativos oficiales de la radio en la época franquista. (N.E)

⁶ Catástrofe ocurrida el 9 de enero de 1959 al romperse una presa y anegar la población de Ribadelago. (N. E.)



Tarjeta de presentación de uno de los viajeros "golondrina", D. Silvino Vicente (1961).

trabajar en la escuela y cuando salgan tienen que jugar, que para eso son niños. Por la noche, daba clase a los adultos incluso a jóvenes de pueblos muy alejados, como Roelos o Almeida. Las autoridades educativas del régimen se vieron obligadas a reconocer esa labor y le concedieron varios premios tanto provinciales como nacionales, incluso recibió una propuesta para desplazarse a Madrid a formar a maestros iberoamericanos, oferta que declinó alegando, entre otros, motivos de salud, aunque en realidad lo que no quería era verse separado de nuevo de la familia o verse obligado a cambiar de residencia otra vez más. Prefirió, pues, seguir realizando su labor en una pequeña escuela rural. Sobre su labor educativa escribió su hijo Elisardo:

*Albos de tizas blancas sus dedos florecían
 los dígitos de la suma hasta la prueba
 de los nueves, las reglas y el álgebra se hacían
 ósmosis de la luna para la mente nueva.
 Despertó abecedarios. La tiza entre sus dedos
 no era arcilla terrestre, sino blanca y florida
 luna, prisma de luna que se gasta en credos
 en la noche de la pizarra enciende vida.*

A mediados de los años cincuenta, se casaron los dos hijos de Elisardo, Araceli, en 1954 y Elisardo en 1956. Finalizando 1955, nació en Argusino el hijo de Araceli, el que suscribe, Francisco Elisardo y unos años después, en Zamora, nacieron las hijas de Elisardo, María Teresa y María del Carmen.

En 1963 una cruel enfermedad le hizo perder a su inseparable esposa Teresa. Su hija Araceli, que vivía en otra localidad, había regresado a Argusino para cuidar de sus padres y también para reconducir su vida y la

Quemú Quemú, Abril 5 de 1965
 Siempre, Elisardo González (Argusino de Sayago Zamora Española)
 Querido hermano; mucho deseamos estar bien con
 patria de tus hijos y nietos. Nosotros todos muy bien a
 Dios gracias. Hace mucho tiempo que no tenemos noti-
 -cias tuyas y deseamos que nada haya ocurrido y estén
 todos bien. Aquí no pasa momento sin que nos acordemos
 de todos, así que haces con tus nietos, nos disponemos a
 a acompañarles mucho y estarán muy lindos como aquí nuestra
 metas. Hace un tiempo nos avisaron un posible viaje. Cuantos de
 -seos tenemos todos vinieran a pasar un tiempo largo con nos-
 -tros. Los primos Corrales escriben nos están esperando a pasar
 unos días con ellos, están todos muy bien, se han comprado cosas
 en el pueblo, amigos las que tienen en el campo tienen todas
 las comodidades de acá y hasta con lujo. Aquí como siempre
 todos trabajamos lo que se puede. Gerardo además de la peñuñera
 trabaja mucho con la fotografía, Laura y Enrique atienden el nego-
 -cio y estudia Gabo. Raquel está en el segundo de acompa-
 -ñar a los sucesores de la casa, Goicoechea, Juan y
 Raquel Pilarín de los que se le dan a cargo de la casa. F. C. San-
 -tiago en el Ferrocarril en este momento está pasando unos días
 en mar del Plata con la familia, en fin todos bien solo speramos
 que nos visiten ustedes y nos darán un abrazo muy grande. Italo
 un tiempo estuvo en S. Normandas y S. con Hotel de Salamanca
 y Gerardo en una fiesta y le dijo que era amigo con Colinos pro-
 -metió visitarnos pero no llegó, tal vez me visita. Si se comen-
 -ta del vino que con una hora piensa ir y ese pronto. Si se comen-
 -ta de lo que nos acordamos de la fiesta. La hora que nos acordamos
 mucho a Colinos y con los Almeida en S. Reciben muchos abra-
 -zos y si pueden venir alguno por los meses y igual que de tus hermanos.
 -carinos y abrazos de los sobrinos y nietos y igual que de tus hermanos.
 Constantino y Pilar.

En esta carta, Constantino invita reiteradamente a su hermano a viajar hasta Argentina. También menciona algunos contactos con personas originarias de Zamora, de Corrales del Vino y Almeida.

Constantino González y Pila.
 Por intermedio de nuestro amigo Dr.
 Francisco Mieza te envío un cari-
 -noso y fuerte abrazo. 4/5/67
 QUEMU-QUEMU LA PAMPA

Tarjeta de presentación de otro de los viajeros, D. Francisco Mieza (1967).



En esta fotografía tomada en el hogar familiar de Quemú-Quemú puede verse a Constantino, sentado al frente, su esposa Pilar, sentada, segunda por la izquierda, su hija Pilarín, de pie, la primera por la izquierda, detrás de su esposo, “Vasco”. A la derecha de Constantino están sus primos Antonio y Leonardo Corral, éste junto a su esposa Ermelinda (1961).



Constantino y Pilar, su esposa, en 1966.

de su hijo. Los duros golpes recibidos debilitaron su salud y acabaron jugándole a Elisardo una mala pasada que estuvo a punto de costarle la vida. En 1964 sufrió una grave dolencia de la que afortunadamente terminó recuperándose aunque le quedaron algunas secuelas que le afectaron sobre todo a la movilidad del brazo derecho y, en consecuencia, a su capacidad para escribir.

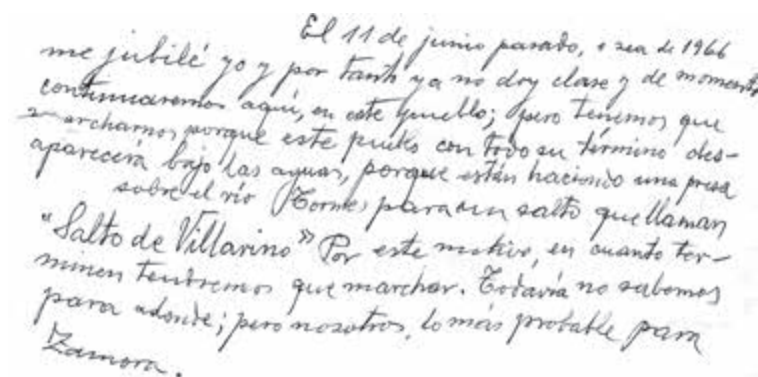
Fue ésta una etapa muy dura para Elisardo que se vio obligado a abandonar durante un tiempo su ejercicio profesional, justo cuando se acercaba la fecha definitiva de su jubilación. Consiguió afortunadamente superar la delicada situación apoyándose en su férrea voluntad y con las inestimables atenciones y cuidados de su hija Araceli. Ese lapso de tiempo de su convalecencia le impidió contestar las cartas de su hermano Constantino y de ello se lamentará más adelante en más de una ocasión.

En España, primeros años sesenta, continuaba la sangría de la emigración aunque con diferente destino. Los sayagueses emprendían su viaje forzado hacia Francia, Suiza o Alemania, lugares más próximos a su tierra natal, aunque con diferentes idiomas y costumbres. Estos emigrantes regresaban a su tierra con cierta frecuencia –eran mucho menores las distancias– y había más variedad de medios de comunicación y más económicos por lo que la necesidad de comunicarse era menor, no perdían la ocasión de escribir y las familias recibían cartas y tarjetas sobre todo en las fiestas navideñas. Cuando regresaban periódicamente, portaban en sus maletas sencillos objetos decorativos que proporcionaban a los domicilios de sus familias un aspecto un tanto exótico: calendarios giratorios, bolígrafos con objetos en movimiento, juegos de café, vasitos decorados, paños, etc.

Para Elisardo, casi totalmente recuperado de su enfermedad, se acercaba el momento de la jubilación tras cuarenta años de fecunda labor educativa. Él esperaba poder disfrutar sosegadamente su vejez en la vivienda familiar que



Postal de familiares de Elisardo naturales de Argusino y emigrados a Alemania.



Fragmento del borrador de una carta de Elisardo a su hermano Constantino.

había ido acondicionando con gran esfuerzo en los últimos años, cuidar sus árboles frutales, su viña, sus huertas..., pero la construcción de la presa de Villarino en el cauce del Tormes, iba a frustrar bruscamente sus esperanzas. A pesar de su edad hizo un último esfuerzo para intentar conseguir lo mejor para los habitantes del lugar, pero fue en vano. La desconfianza y los manejos de algunas personas como el sacerdote de la localidad, hicieron inútil sus intentos.

En 1967, en el mes de junio, se cerraron definitivamente las escuelas del pueblo y en septiembre, Elisardo, con el resto de los habitantes del pueblo, pendiente de recibir de la empresa concesionaria, Iberduero, una indemnización



Foto familiar tomada en la Escuela de Argusino. En el centro, Elisardo y su esposa Teresa. A los lados, sus hijos Elisardo y Teresa Araceli. Sentados en la mesa, María Teresa y María del Carmen, hijas de Elisardo y Francisco Elisardo, hijo de Araceli.

miserable, se vio obligado a emprender el camino para empezar de nuevo en otra parte. Con lágrimas en los ojos abandonó su casa y sus recuerdos mientras a toda prisa ya la estaban derribando. Iberduero redujo la población a escombros. La iglesia destejada y desnuda, posteriormente dinamitada, parecía despedir a las gentes con el desolador aspecto de su campanario vacío. Y al pasar por el camposanto, una última oración y el recuerdo a los familiares que quedaban allí mismo, sepultados de forma inmisericorde bajo una gruesa capa de hormigón y más tarde ahogados por las aguas del embalse.

La precariedad de los medios de transporte obligó a llevarse únicamente lo imprescindible. Atrás quedaron abandonados a su suerte todo tipo de enseres. Aquel antiguo escaño de los abuelos que durante generaciones había acompañado los diarios quehaceres de la familia, las grandes tinajas de la panera, el brocal del pozo, labrado primorosamente en un gran bloque de granito, la terraza inacabada, los aperos de labranza, el antiguo molino, etc.

El destino de Elisardo era esta vez más cercano que en ocasiones anteriores: la ciudad de Zamora, donde había recibido sepultura su esposa Teresa y donde residía su hijo, del mismo nombre. Este sería para él su penúltimo viaje.

Las secuelas de la grave enfermedad padecida obligaron a Elisardo a no intervenir en los difíciles trabajos de la mudanza, por lo que éstos recayeron sobre su hija Araceli en su práctica totalidad y en forma prácticamente testimonial sobre su nieto, el que suscribe. Los escasos medios de transporte y las características de una vivienda urbana donde la familia se iba a instalar



Elisardo y Teresa con su nieto Francisco Elisardo. Argusino (1956).



Elisardo con su nieto Francisco Elisardo y su hija Teresa Araceli. Ermita de Argusino (1977).

obligaron a seleccionar minuciosamente los objetos a transportar. Por ello se vendieron algunas cosas, se quemaron otras como ropas, muebles, periódicos, e incluso cartas... Esto explica en parte la desaparición de buena parte de la correspondencia ultramarina de los años cuarenta y buena parte de la de los años cincuenta. Solo se conservaron, con todo mimo y como se había hecho siempre, de forma especial, las fotografías de los seres queridos. En contraste, desde aquellos años la correspondencia de Constantino se conserva casi completa, cartas y tarjetas postales, además de los borradores enviados por Elisardo, quien en su nueva residencia disponía de menos actividades y más tiempo para escribir. En las cartas de esta época se aprecian también los estragos de la edad en la difícil caligrafía, fruto también de las dolencias que aquejaban a ambos hermanos.

Las dificultades para escribir provocaron que muchas veces fueran las hijas o los nietos de ambos hermanos quienes escribían al dictado, limitándose los abuelos a firmar o añadir escuetas notas al margen o al final de las misivas. En ellas se observa su amargura ante las dificultades crecientes que les impedían la redacción de sus cartas. En ellas se reiteran insistentemente las invitaciones a viajar y encontrarse, aunque también se intuye el íntimo convencimiento de que era algo cada vez menos probable debido a su avanzada edad. En varias ocasiones ambos hermanos rememoran los añorados partidos de pelota de la infancia, entre otros detalles de la vida cotidiana, del acontecer en las respectivas familias, el trabajo o las preocupaciones de todos.



[034 y 035] Dos imágenes de la demolición de la casa familiar de Elisardo por parte de Iberduero debido a la construcción de la presa de Almendra en el vecino río Tormes (1967).



[036] Estado en que quedó la Iglesia de Argusino tras su demolición por parte de Iberduero (1967).

Pero la vida sigue y la composición de ambas familias se va modificando con los matrimonios de los hijos, el nacimiento de los nietos y también, como es ley de vida, reduciéndose cuando muere alguno de sus miembros. Este hecho, doloroso en sí mismo, adquiere un valor especial cuando el afectado es uno de los hermanos. En su día, Constantino lamentó y dio todo

tipo de condolencias a Elisardo cuando falleció Teresa, su esposa (1963) y cuando fue Constantino a quien perdió la suya, Pilar (1975) y lo comunica a su hermano, éste le remite una emocionada carta donde desgrana las más tiernas y cariñosas palabras de consuelo y manifiesta su profunda tristeza ante la imposibilidad de acompañarlo personalmente en un momento tan difícil.

Los años setenta trajeron una grave inestabilidad en Argentina. Esto se refleja en las cartas de Constantino que mencionan la carestía, “la locura de los precios”, el miedo en las ciudades, la tranquilidad del campo, etc. Veladamente insinúa que las cartas de su hermano llegan abiertas, tal vez porque comúnmente las familias españolas enviaban algún billete camuflado entre las hojas de papel, para ayudar a sus parientes y este hecho despertase la codicia de quienes manejaban el correo que buscaban así dinero fácil y no reclamable.

El acceso a las nuevas herramientas tecnológicas a finales de los años sesenta facilitó enormemente las comunicaciones transoceánicas entre las

familias. Un buen día de finales de 1969 uno de los citados como “viajeros-golondrina” llegó a Zamora desde Argentina portando en su maleta un objeto muy especial, una cinta magnetofónica de bobina con voces de todos los familiares. No es necesario citar la emoción contenida, las lágrimas derramadas al escuchar aquellas grabaciones que llegaban desde el otro lado del mar. Elisardo reconocía perfectamente la voz de su hermano, a pesar del tiempo transcurrido desde la lejana y emocionada despedida en los muelles de Buenos Aires y del acusado acento argentino que a lo largo del medio siglo transcurrido había impregnado lógicamente la voz de Constantino. No resulta fácil describir el cúmulo de sensaciones provocadas por aquella humilde bobina en Elisardo tras escucharla una y otra vez en un enorme magnetófono “Grundig” adquirido ex profeso en los almacenes del desaparecido “Bazar J”⁷. Esa adquisición permitió grabar una cinta de respuesta que fue entregada al citado viajero para que la entregase a los familiares cuando recalase de nuevo en tierras argentinas.

Pero la grabación era algo frío que no permitía conversar sino únicamente escuchar. Por eso, un par de años más tarde, cuando ambas familias instalaron la línea telefónica en sus domicilios, acordaron por carta citarse en una fecha y una hora determinadas y llegado el momento, se reunieron los argentinos, en el domicilio de Constantino, en Quemú-Quemú y los españoles, en la vivienda de Elisardo (padre) en Zamora, para una primera conversación telefónica.

Llegado el día, a la hora prevista, la operadora de la compañía telefónica dio inicio a la conferencia y pasados unos minutos interminables se abrió paso la voz de la familia argentina. Tras los saludos de los gestores del acontecimiento, se pasó el teléfono a los dos hermanos. Elisardo, con lágrimas en los ojos y manos temblorosas lo tomó y lo acercó a la cara, pero la emoción le impidió articular palabra alguna. Lo mismo le sucedió a Constantino, en Argentina. Ambos hermanos tenían los auriculares dispuestos pero eran incapaces de hablar y así permanecieron durante varios minutos ante la mirada respetuosa y en silencio de todos. Cuando por fin lograron vencer aquel lógico bloqueo, brotaron primero de forma entrecortada y luego en aluvión todos los recuerdos, todos los deseos, todas las preguntas, todo lo que había estado guardado durante más de medio siglo para este singular momento.

En aquel primer momento mágico, salió a relucir todo aquello que no había podido expresarse intensamente a través de las cartas o incluso de las fotos; todo lo que había estado guardado, parafraseando al cantautor argentino Alberto Cortez “en un rincón del alma”. Hacía cincuenta y cinco años que los

⁷ Conocido establecimiento propiedad de Jacinto González, hoy desaparecido, situada en la calle de San Torcuato de la ciudad de Zamora. (N. E).

Querido Querido, 27 de Mayo de 1979-

Queridos todos, deseamos se encuentren bien, y así tras decir gracias a Dios, después de nuestra conversación telefónica pensé escribirles enseguida, pero ya sin de la pasada el tiempo sin hacerlo hasta ahora, demás está decirles que los recordamos todos los días y ahora por supuesto después de escucharlos, hasta refiguramos el carácter de cada uno, por que si repatis ya nos dimos cuenta que tienen todos por igual, les digo de verdad que lo unico que lamentamos es no haberlos llamado antes, pero si Dios quiere lo haremos con más frecuencia de ahora en adelante, precisamente el día 10 de junio próximo, queremos felicitar al Sr. Elisardo por su día de cumpleaños, que es el 11 pero, como el domingo será más fácil hablar con todos, lo haremos el 10. -

Carta familiar, año 1979.

hermanos se habían visto obligados a separarse y tenían tanto que decirse que después resultó difícil que se desprendiesen momentáneamente del aparato para que pudiesen hablar los demás y aun así hubo que devolverles el teléfono varias veces. Fueron unos largos y emocionantes minutos, pero también dolorosos porque entonces brotó de repente toda la tristeza provocada por la larga separación. Y nada fue igual a partir de entonces.

Pero las conversaciones telefónicas no impidieron la continuidad de la comunicación epistolar, que no se interrumpió nunca durante la vida de ambos hermanos. Únicamente se aprecia en la redacción de las cartas la intervención cada vez más frecuente de los hijos motivada por las mencionadas y crecientes dificultades de escritura de ambos hermanos. Lamentablemente y por ley de vida en estos años se incrementan las noticias dolorosas motivadas por el fallecimiento de algunos de los familiares con quien antaño Elisardo y Constantino iniciaron juntos la aventura ultramarina. Fallecen entre otros Leonardo o Cristeta. Y en 1979, en el pueblo pampeano de Garré, con un intervalo de día y medio, lo hacen Serapio de San Sibero y su esposa, Laura Corral, prima hermana de los dos hermanos. El dolor no le permitió a Laura seguir viviendo al desaparecer su compañero.

En estos años, Elisardo padre, Elisardo hijo y conduciendo Francisco Elisardo, nieto —el que suscribe—, con la madre de éste, Araceli, recorrieron algunos de los destinos más cercanos del abuelo. También se acercaron varias veces hasta Escuadro, su localidad natal, para saludar a algunos parientes,

visitar la casa familiar, el trinquete, la escuela... En uno de esos viajes, por el camino, a las luces doradas de un atardecer veraniego, Elisardo hijo escribió un bello poema al que pertenecen las siguientes estrofas:

*La tierra blanca con la hierba roja
dibujándose van una bandera
mientras la línea de la carretera
Recuerdos de mi niñez deshojan.
Sayago era un portal de peña y hoja
abierto a la verdad y a la quimera
entre Escuadro y Almeida el alma era
la tierra blanca con la hierba roja*

El nieto de Elisardo –quien suscribe–, que lo admiraba profundamente, optó profesionalmente por dedicarse también a la enseñanza, cursando estudios en Zamora y Salamanca. Finalizando la década de los setenta, ocupó su primer destino en la capital zamorana un año antes del fallecimiento de su abuelo, en el Centro de Adultos ubicado curiosamente sobre la pensión de la calle Alfonso XII, donde Elisardo residió allá en los años veinte del pasado siglo mientras estudiaba en la también cercana Escuela Normal de Maestros.

Y cuando su tiempo finalmente se agotó, Elisardo González Corral falleció en Zamora, el 20 de diciembre de 1981, dejando atrás un azaroso periplo vital y una fecunda vida dedicada a la enseñanza. Se cumplen exactamente treinta años de su fallecimiento cuando acabo de redactar estas breves líneas sobre su historia, que es también la de su querido hermano Constantino. Éste, por ley de vida, le siguió muy pronto en su tierra de acogida, Argentina, en 1985. Sería reconfortante pensar que aunque vivieron con la pesadumbre de la separación y la imposibilidad de volver a verse, ambos, finalmente, consiguieron encontrarse en algún lugar mejor y abrazarse. Resulta duro recordar cómo ambos hermanos iniciaron un largo camino buscando labrarse juntos un futuro mejor y la vida acabó separándolos dramáticamente. Y es que, como Elisardo hijo escribió:

*La vida es una quimera
y el hombre en su primavera
y en sus ensueños de gloria
sueña escribir una historia
y escribirá otra cualquiera.*

*Toda ilusión es mentira
toda mentira, ilusión
todo es incierto en la vida
¡Pobre víctima prendida
en la red de esta visión!*

Este escrito pretende ser un sencillo tributo a la memoria de Elisardo, testigo viajero de los hechos y aconteceres del siglo XX a lo largo de su trayectoria vital, haciéndolo extensivo al mismo tiempo a la de su hermano Constantino y a la de todos cuantos como ellos se vieron obligados a emprender el duro camino de la emigración en algún momento de nuestra historia lograran o no finalmente alcanzar sus sueños y conseguir una vida mejor.



Laura Corral y su esposo Serapio de San Sibero en Garré, Argentina (1918).



Laura y Serapio con su hija Isabel en la misma localidad (1978).